La familia cuenta

Relatos

Una anécdota familiar

Descubre en estos trece relatos escritos por niños y niñas las aventuras de vivir en familia

Comunidad de Madrid

UNA ANÉCDOTA FAMILIAR

I Concurso de relatos

Comunidad de Madrid
CONSEJERÍA DE POLÍTICAS SOCIALES Y FAMILIA
Dirección General de la Familia y el Menor

CONSEJERÍA DE POLÍTICAS SOCIALES Y FAMILIA
Dirección General de la Familia y el Menor
C/ Gran Vía, 14
28013 Madrid

@ Ilustraciones: Jali
@ Comunidad de Madrid
Edita: Dirección General de la Familia y el Menor
Coordinación editorial: Ediciones en Babia, S.L.

Imprime: B.O.C.M

Tirada: 5.000

Edición: Reimpresión 2016

Depósito legal: M-48.157-2006

Impreso en España – Printed in Spain

UNA ANÉCDOTA FAMILIAR

7 LA CANTAMORA. Laura Gil García.
¿Vive realmente la Cantamora en el desván de casa?

11 UN MURCIÉLAGO EN EL SALÓN. Héctor Peláez Prestel.
¿Conseguirá la familia de Héctor atrapar al murciélago?

15 LA PEQUEÑA LUNIKA. María de Dompablo Cabanillas.
¿Quién es y de dónde viene Lunika?

25 HISTORIA DE UNA HORA. Celia Martín Ventura.
¿Cuántas cosas pueden pasarte en una hora?

29 LA ARDILLA MÁGICA. Ainhoa Borrego Bermúdez.
¿Tendrá la ardilla poderes para conceder deseos?

33 DE SATURNO A CÓRDOBA. Helena Martín Gallego.
¿Existen niños de otros planetas que nos visitan en vacaciones?

43 LA HORA DE HORACIO. Ana Luisa Marogna Rodríguez.
¿Conseguirá Horacio que su fiesta sea un éxito?

47 LA FAMILIA DE LOS DESEOS. Sofía González Ruiz.
¿Llegará la lluvia a la aldea de Maiwa y Fede?

51 LAS GAFAS DEL ABUELO RAMÓN. José Carlos Prada del Río.
¿Cuál es el misterio de las gafas del abuelo Ramón?

55 EL CIRCO EN NAVIDAD. Virginia López Sánchez.
¿Disfrutarán Virginia y sus hermanos de una jornada divertida en el circo?

59 UNA ANÉCDOTA. Raúl Collado Navarro.
¿Es Merlín un buen nombre para un gato?

65 EL POLLO CONGELADO. Laura Moreno Miñambres.
¿Qué te puedes encontrar dentro de un pollo asado?

67 ALEGRÍA DE VIVIR. Laura Cantero Gómez, Alba de la Casa Gutiérrez, Elena Cepeda Fernández, María Guerrero Lobo, Pilar Núñez Villena y Patricia Palmero Santín.
¿Recuperarán su sonrisa Pablo y Elena?

La Cantamora

Laura Gil García
5º primaria, Colegio Santa Gema de Galgani
Madrid

Chicos, os voy a relatar una historia que le ocurrió a mi madre, y que me contó mi abuela, hace unos años.

Cuando mi madre era pequeña todos los veranos iba a pasar unos días con su familia al pueblo de sus abuelos. La casa donde iba mi madre tenía tres plantas. En la baja sus abuelos tenían un cuartito y otras habitaciones que servían de despensa y para guardar las herramientas del campo. En la planta del medio estaba la vivienda; y en la alta, ocupando todo el tercer piso, estaba el desván que en los pueblos también se llama troje.

Éste estaba lleno de armarios con ropa, arcones que parecían ataúdes, muebles viejos que ya no se utilizaban y otras cosas inservibles.

Os cuento esto porque, en el pueblo de los abuelos de mi madre, había una especie de leyenda o cuento que decía que en los trojes habitaban también unos seres llamados Cantamoras.

La Cantamora era una vieja bruja, tan delgada y fea como la muerte, y unos largos brazos acabados en garras. Iba la Cantamora tapada con una mantilla negra y andaba agachada y con un bastón para apoyarse. Dormía durante el día, escondida dentro de armarios y arcones, pero por la noche paseaba por el desván. Es más, si algún niño de la casa se portaba mal, se atrevía a bajar y entrando en su habitación, se lo llevaba con ella para siempre. Por eso, la puerta de la troje, debía estar siempre bien cerrada.

Imaginad cómo lo pasaba mi madre, no se atrevía ni a pasar al lado de la puerta. Y ya no os digo nada como se encontrase el cerrojo de la troje abierto, ¡le entraban mil sudores!

Pero una noche que casi toda la familia había acabado de cenar y sólo quedaban en la cocina mi madre y sus hermanos, ocurrió algo que cambió todo. Estaban los niños

dando la lata y peleándose, y era tanto el jaleo que armaban, que no había forma de que acabasen de cenar. Como ya era tarde, la abuela de mi madre, muy enfadada, les amenazó diciéndoles:

- Ahora mismo subo a la troje y mando bajar a la Cantamora, a estas horas seguro que está despierta.

Mi madre y sus hermanos ni le prestaron atención y no se fijaron que su abuela se iba por el pasillo camino de la troje.

Pasaron unos minutos y los niños comenzaron a oir un ruido que procedía de arriba, era como si alguien bajase y al bajar golpease con algo. Al principio sólo sintieron curiosidad, pero cuando la puerta de la troje se abrió y apareció un bulto negro con un bastón, casi les da algo. Corrieron a esconderse detrás de las faldas de su madre que estaba con ellos en la cocina. Estaban tan asustados, que el hermano pequeño de mi madre no paraba de llorar y se hizo pis.

A pesar de todo, el bulto seguía hacia delante hasta casi rozar a mi madre y a sus hermanos. Entonces, a mi madre le dio una especie de ataque de nervios, y cogiendo fuerza, empezó a dar manotazos y patadas al bulto, hasta que la

mantilla cayó y…¡Oh, sorpresa!, ¿sabéis quién estaba debajo?. Pues la abuela de mi madre. Ni Cantamora, ni vieja bruja, ni nada de nada.

A los tres niños se les quedaron los ojos como platos, y aunque la abuela disimulando trataba de explicar que se había disfrazado así porque la Cantamora aún dormía y no podía bajar, le dio lo mismo, porque mi madre se curó para siempre de su miedo a la troje. A partir de entonces hasta se atrevió, de vez en cuando, a subir con sus amigos para buscar trastos viejos para sus juegos.

Un murciélago en el salón

Héctor Peláez Prestel
3º primaria, Colegio Divina Pastora
Madrid

Hola amigos, me llamo Hectorete, tengo 8 años y os voy a contar una historia que, aunque parezca mentira, es verdadera.

Ocurrió un bonito día de septiembre. Mi madre dormía la siesta en el salón mientras yo jugaba a la Play-Station con mi primo Adrianete y mi prima Albita Dinamita. De repente oímos un grito horrible que venía del salón, fuimos los tres corriendo y nos encontramos a mi madre que gritaba, "¡No entréis, hay un murciélago en el salón!". Miramos por los cristales de la puerta y era verdad, allí había un murciélago volando por toda la habitación y dándose golpes con los muebles y las paredes. Debía de haberse colado por la ventana y ahora no encontraba la salida.

Mi primo y yo queríamos entrar, pero mi madre no nos dejaba porque le daba miedo y dábamos vueltas por el pasillo sin saber qué hacer. Después de un rato mi madre llamó a mi tío, pero cuando él llegó ya no se veía al murciélago volar. De todas formas, nadie se atrevía a entrar.

Por fin mi tío se decidió a entrar, pero antes se enrolló una toalla en la cabeza porque mi madre le dijo que los murciélagos se enredaban en el pelo. Mi tío entró pero no encontró nada, y lo peor fue que como la toalla le tapaba casi los ojos, se pegó un gran golpe en la pierna, así que se marchó cojeando y muy enfadado.

Por fin llegó mi padre y le contamos la historia. Mi padre se reía mucho, y como no le dan miedo los animales, entró al salón y se puso a buscar a fondo.

El murciélago no aparecía, mi madre quería que pasáramos la aspiradora por todo el salón porque le daba mucho asco que el murciélago tocara el sofá y las cortinas.

Mis primas y yo ayudamos a papá estirando las cortinas mientras él las limpiaba. De repente apareció el murciélago enganchado detrás de la cortina. Todos empezamos a gritar

al ver lo feo que era y mi madre salió corriendo otra vez. Papá y yo nos quedamos y el murciélago empezó a volar, pero pudimos conseguir moviendo los brazos que el murciélago saliera por la ventana.

Mi madre se tuvo que tomar una tila porque estaba muy nerviosa, pero al final todos nos reímos mucho porque había sido una aventura estupenda.

La pequeña Lunika

María de Dompablo Cabanillas
5º primaria, Colegio Sagrados Corazones
Madrid

Esta historia nos cuenta el esfuerzo y la valentía de una familia al adoptar a una niña china.

Todo comienza un domingo cuando la familia Cabanillas estaba reunida. El padre, Juan, la madre, Maribel, el hijo, Álvaro, y la hija, María, estaban comiendo para celebrar el cumpleaños de María. Estaban todos muy contentos y alegres cantando el cumpleaños feliz y disfrutando de la comida que había preparado su madre, cuando de repente María se puso toda seria al ver en la televisión cómo lloraban unos niños que estaban en un orfanato chino porque tenían hambre.

Su madre le dijo:

- ¿Qué te pasa María?

- ¿Es que no veis la televisión? ¿No veis cómo lloran esos niños porque quieren comer? ¿No os da pena? Y nosotros

toda la comida que tenemos. Si pudiéramos llevarles un poco de tarta...

- Es que no nos hemos dado cuenta, como estábamos hablando... – dijo el padre.

Todos se quedaron mirando la televisión cada vez más tristes. Sobre todo se fijaron en una niña de unos dos añitos que estaba muy delgadita y medio dormida porque le faltaban las fuerzas para ir a coger un plato con comida que le ofrecía una señora gorda y con muy mal humor. El plato tenía como una pasta blanca.

- ¿Qué es eso? ¡Qué asco! – dijo Álvaro.

- Es arroz, hijo, no tienen dinero para comer otra cosa.

Para alegrar un poco el día, dijo su padre:

- Venga María, abre los regalos.

- Toma, éste es el mío – dijo Álvaro.

María lo vio y era un dibujo muy bonito.

- Gracias Álvaro – y le dio un beso y un abrazo.

- Toma hija, éste es nuestro regalo y esperamos que te haga mucha ilusión.

María lo abrió y se puso muy contenta al ver que era un osito

que había visto en un escaparate y le había gustado mucho.

- Muchas gracias, es muy bonito. Lo voy a poner en mi habitación y me voy a acostar con él.

Pero María seguía estando un poco triste. Sus padres se levantaron de la mesa para recoger los platos y los niños se quedaron en el salón.

- Álvaro, ¿te gustaría que nuestros padres adoptaran a un niño chino?

- Sí, pero me gustaría esa niña que ha salido en la televisión.

- Se lo vamos a decir.

Los niños llamaron a sus padres con una gran emoción y alegría y les dijeron que se sentaran en el sofá.

- Os tenemos que decir una cosa.

- Si, una cosa muy importante y muy bonita.

- Hemos pensado que el mejor regalo de cumpleaños que me podéis hacer sería adoptar a una niña chinita, y si puede ser, esa de la televisión que me da mucha pena porque la veo muy triste y sola. ¡Y es tan bonita! Parece que está diciendo con esa mirada tan dulce y a la vez tan humilde que necesita cariño y nosotros se lo podemos dar.

- Sí, sí, yo la voy a querer mucho y la voy a dejar mis juguetes, y voy a llevarla al parque, y voy a contarle cuentos, y voy a comprarle helados, y voy... – dijo Álvaro.

- Esperad, esto no es tan fácil, no se trata de un juguete que si luego no lo quieres lo dejas. Además, entraría a formar parte de nuestras vidas con todas las consecuencias que eso conlleva – dijo la madre.

- Además, chicos, hacer un viaje a China cuesta mucho dinero.

- Pero nosotros os ayudamos con el dinero de las huchas.

- Sí, sí, que tenemos mucho y yo ya no me voy a comprar más helados. El dinero lo voy a meter en la hucha para tener más.

- Y yo también os voy a dar el dinero que me dan los abuelos todos los sábados – dijo María.

- Bueno, bueno, lo tenemos que pensar, que es una cuestión un poco delicada. No podemos tomar una decisión a la ligera.

- Por favor, tiene que ser muy bonito ayudar a una niña que lo necesita, y realmente lo necesita...

- Sí, sí, mamá, escúchanos.

Los padres estaban un poco asombrados con la reacción que tuvieron sus hijos al ver a esa niña en la televisión y les dijeron que al día siguiente les comunicarían la decisión que tomaran. También estaban confundidos y perplejos porque sus hijos les habían parecido demasiado maduros para la edad que tenían, ya que otras veces se comportaban como bebés.

María y Álvaro no durmieron nada por la noche pensando en esa niña, y sus padres tampoco pensando qué iban a hacer.

A la mañana siguiente María y Álvaro fueron a la habitación de sus padres a despertarles porque estaban impacientes y no podían soportar la espera.

- Venga, decidnos qué habéis decidido, por favor.

- Sí, sí, que yo no puedo con los nervios que tengo – dijo Álvaro.

- Niños, vuestra madre y yo hemos decidido que lo vamos a intentar. Vamos a informarnos de los pasos que hay que seguir.

- Pero no os penséis que esto es tan rápido como comprar un juguete o un helado, lleva su tiempo – dijo la madre.

- No importa, esperaremos.

Y Álvaro no decía nada, se limpiaba la nariz con la manga del pijama y permaneció serio unos minutos.

Pasaron los meses y por fin una tarde recibieron una llamada diciéndoles que tenían a la niña y que debían recogerla como máximo en quince días.

- Niños, venid, ya tenemos a Lunika. Debemos ir por ella rápido.

- ¡Bien, bien, qué alegría!

- ¿Podemos ir nosotros también? – dijo Álvaro.

- No, vosotros os quedáis con los abuelos.

Llegó el día de irse y los niños fueron a despedir a sus padres al aeropuerto. María le dio a su madre una muñeca para Lunika y Álvaro una pelota del Real Madrid.

Pasaron los veinte días que tardaron sus padres y su hermana en llegar, con muchos nervios y rodeados de una fuerte intriga por conocer a Lunika.

Estaban esperándoles en el aeropuerto con los abuelos cuando les vieron llegar.

- Mamá, mamá, aquí, aquí.

- Sí, sí, aquí estamos.

Cuando se acercaron a ellos, Lunika los miraba con cara de fascinación como si viera brillar muchas estrellas.

- Niños, os presento a vuestra hermana Lunika.

Se quedaron un poco parados con los ojos y la boca muy abierta sin saber muy bien qué hacer, hasta que de repente todos se abrazaron.

De vuelta a casa, María y Álvaro no sabían cómo arrancarle una sonrisa a Lunika. Cantaban, hacían tonterías, pero no había manera.

Esa noche María le dijo a Lunika:

- Toma Lunika, este oso me lo regalaron papá y mamá para mi cumpleaños. Le tengo mucho cariño, pero te lo regalo y puedes dormir con él.

Lunika se puso muy contenta y le dio un beso.

La vida en casa transcurría con normalidad, aunque con mucho esfuerzo para enseñar a Lunika las costumbres, la lengua, las comidas, etc... Los problemas venían cuando salían a la calle a jugar con los amigos y se metían con la niña.

Un niño le dijo a Álvaro:

- Álvaro, ¿quién es esa niña?

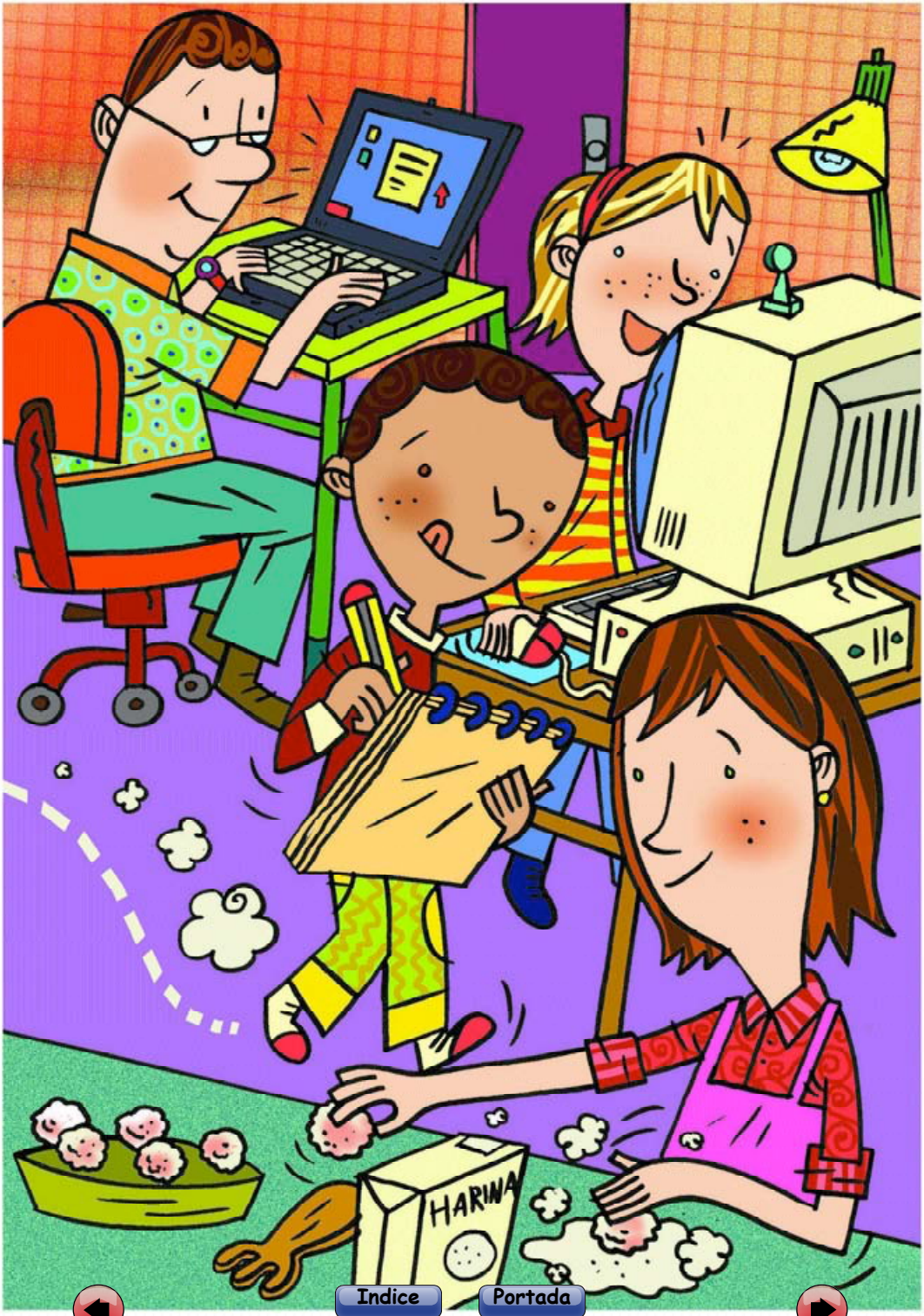
- Es mi hermana, la hemos adoptado, es chinita y la queremos mucho. ¡Ah!, y se llama Lunika.

Los niños no lo entendían muy bien y no querían jugar con ellos, pero a pesar de todo, Álvaro y María no dejaban a su hermana sola ni un momento.

- No te preocupes Lunika, nosotros jugaremos contigo. Ya lo entenderán algún día.

Entonces la niña alargó los brazos hacia María para que la cogiera.

Todos tuvieron que estar muy unidos porque a veces tenían que dar muchas explicaciones a la gente y soportar muchas miradas. Pero merecía la pena porque en Lunika habían encontrado una personita capaz de dar un cariño enorme a todos.


HARINA

Historia de una hora

Celia Martín Ventura
5º primaria, Colegio Agustiniano
Madrid

Tenía el papel en blanco encima de la mesa y no sabía por dónde empezar. Pensaba muchas cosas pero ninguna me parecía realmente importante, ninguna me atraía lo suficiente como para escribir un relato entero. Llevaba así ya muchos días preguntándole a todo el mundo.

Un día estaba mi padre trabajando en el ordenador y le dije que tenía que escribir un relato sobre una anécdota y no se me ocurría nada.

- ¿Te acuerdas aquella vez que estábamos en Saltzburgo, Austria? Íbamos cargados con las bolsas de la compra, se rompieron cuando cruzábamos una calle y se cayó todo al suelo. Para colmo, empezó a llover a cántaros. Cómo nos pudimos reír. Los coches estaban esperando. Los conductores seguro que pensaban, “Estos españoles están

un poco locos". Y nosotros, venga a reír.

- Pero, papá ¿cómo sabían que éramos españoles?

Mi padre no supo contestarme. Además, yo sabía que tenía mucho trabajo, por lo que pensé que era mejor no molestarle más e ir en busca de otras ideas que pudieran rellenar mi papel en blanco.

Me fui a mi habitación y allí me encontré a mi hermana; cómo no, en el "messenger".

- Sonia por favor, tengo que escribir un relato sobre una anécdota y no se me ocurre nada, ¿puedes ayudarme?

- Espera un poco, que Dani me está pasando los apuntes de Física. Cuando termine te ayudo.

Era mejor ir a pedir ayuda a otro sitio, pues seguro que después de Dani se conectaría Susi y hablarían del partido de baloncesto, o Mar le comentaría algo de la fiesta de "Pachá" del sábado. Y así durante horas y horas, hasta que mi madre llegara y le dijera:

- Sonia, basta ya, o cierras internet o corto la línea.

- Mamá , por favor ¿ puedes ayudarme? - le dije yo a mi madre.

- Si quieres algo, ven a la cocina que estoy haciendo albóndigas.

La verdad es que a mí también me apetecía hacer albóndigas. Me encanta meter las manos en la carne, hacer bolitas, pasarlas por la harina, aplastarlas y luego redondearlas. Mi madre hace unas albóndigas riquísimas.

- Mamá , tengo que escribir un relato sobre una anécdota y no sé de qué hablar. Tiene que ser de la familia y que influya el cariño.

- Escribe sobre el viaje a Teruel, cuando fuimos todos para celebrar el cumpleaños de la abuela.

La verdad es que en ese viaje lo pasamos fenomenal. Mi abuela Pilar nació en Teruel y para su 80 cumpleaños, mi padre y mis tíos pensaron que podíamos reunirnos todos un fin de semana en el parador de Teruel.

Hubo que esperar a que Alejandro, que vive en Londres con su madre, viniera a Madrid. Mi madre, que trabaja para la revista de Paradores, consiguió un precio muy bueno.

En Teruel estuvimos todos, éramos dieciséis. Hicimos una visita cultural a la ciudad, comimos en una terraza, nos

encontramos con una vecina de mi abuela de Madrid, fuimos a Albarracín y jugué muchísimo con mis primos.

Por la noche fue lo mejor. A mi abuela le habían preparado una tarta y después de soplar las velas, el tío César con la flauta y Alejandro, que está aprendiendo a tocar el violín, tocaron el cumpleaños feliz. La verdad es que un poco desafinados, pero supongo que la intención es lo que importa.

- Mamá, pero eso de Teruel no es una anécdota.

- Yo creo que sí, pero si no te parece suficiente, escribe lo que ha ocurrido en tu vida durante la última hora. Lo que has pensado, de lo que has hablado, a quién has visto...

Y ésta es la historia de mi relato. Escrita por mí y los que con mucho cariño me han ayudado.

La ardilla mágica

Ainhoa Borrego Bermúdez
3º primaria, Colegio Portugal
Madrid

Un día, mientras una niña lloraba, una ardilla se cayó en su brazo. Ella, muy asombrada, la cogió y le dio todos los cuidados que necesitaba un animalito. Tras todo el proceso, la ardilla se levantó y dijo:

- Tú me has dado todo lo que necesitaba, ahora te voy a dejar que elijas un deseo. Piénsalo, es muy difícil.

- Lo único que quiero es que... En fin, que mis padres estén siempre conmigo.

La ardilla se tumbó y se durmió. Al día siguiente se puso en la ventana y dijo:

- Tus padres estarán siempre contigo.

- ¿No me tienes que echar nada?

- No, eso lo haces con tu corazón. Tu deseo se cumplirá,

pues has sido muy generosa y no has pedido ningún juguete.

Pasaron años, y años, y años, y sus padres se murieron. Y ella se dio cuenta que la ardilla tenía razón: cada mañana, cada tarde, cada noche, los recordaba como si estuviesen allí.

De Saturno a Córdoba

Helena Martín Gallego
6º primaria, Colegio Rayuela
Fuenlabrada

Se hallaban ya todos esperando a que un haz de luz roja producido por la teletransportadora los iluminara desde arriba y los teletransportase hasta el lejano pueblo. El pueblo estaba en un lugar muy lejano a Saturno, en la Tierra, y se llamaba Córdoba. Era un lugar alegre y divertido, donde todo el mundo bebía una extraña bebida de color amarillo con espuma que les hacía reír aún más y ponerse más contentos. Allí todo era tan distinto como bello. Sin embargo, los tres hermanos se hallaban preocupados; cuando volviesen de las vacaciones tendrían que entregar en la escuela un trabajo sobre el origen de su familia. ¿Qué ocurriría si descubriesen que su abuela paterna era terrícola y que ellos no eran realmente Saturninos? ¿Qué pasaría

cuando supiesen que su abuelo se había casado con una mujer que no sabía transformarse ni podía teletransportarse? Estaban avergonzados de su familia porque no era como la de sus amigos.

El haz de luz roja apareció enseguida sobre sus cabezas y comenzaron un viaje por el espacio.

- En unas horas llegaremos al pueblo -dijo Isila, la madre de los niños - ¿Qué os pasa?, estáis algo raros.

- Es por lo del trabajo -contestó Eva, la pequeña de las hermanas - Todos se enterarán de que mi nombre es terrícola, y de que mi padre nació en la Tierra - Isila regañó a sus hijos por avergonzarse de su familia, luego dijo que ella les ayudaría en el trabajo y comenzó a contar la historia del abuelo Daron.

- Vuestro abuelo hizo un viaje a la Tierra cuando era joven, a Córdoba. Le gustó tanto el lugar, que se quedó allí a vivir y conoció a una corpulenta tabernera llamada Manuela con la que se casó y tuvo tres hijos, que fueron semiterrícolas. Les habló tanto de Saturno que dos de ellos se fueron a vivir allí, se casaron con mujeres Saturninas y también tuvieron hijos,

vosotros y vuestros primos. Pero a los dos hermanos siempre les gustó visitar el pueblo cuando podían. Por eso ahora vamos hacia allá, a ver a vuestros abuelos y primos. Además, vuestros otros primos también vendrán.

Pasaron algunas horas y de repente, el oscuro espacio fue despareciendo y la luz los deslumbró. Aparecieron en el patio de una casa, un lugar muy grande rodeado por pequeños muros. Allí había una mujer terrícola alta y redonda como un tonel que daba de comer a los cerdos.

- ¡Ay! ¡Aquí tán mig niñog ya! - dijo pegando un brinco. Se acercó a ellos y fue a darles un beso, pero antes se detuvo.- Anda, tomao esag pastillag ya pa tener forma humana.

Los niños tuvieron que tomarse las pastillas de camuflaje para que sus orejas se acortaran y su piel no fuera azul. Más tarde, entraron en la casa donde estaba el abuelo. Resultaba difícil pensar que era un Saturnino, pues llevaba unos vaqueros rotos, unas botas para el campo, una camisa de cuadros y un sombrero de paja.

Al mediodía comieron y los tres hermanos se fueron a casa de sus primos.

-¡Ya habéis llegado! –dijo emocionado Paquito, el mayor de los cuatro hermanos. Entonces él, sus hermanas Antonia y Juanita, su hermano Perico y sus tres primos saturninos, Sánder, Dall y Eva, fueron a dar una vuelta.

- Vamos al bosque – dijo Perico, y se dirigieron hacia la parte posterior de la casa. Allí atrás había una elevada colina marrón oscura sin plantas. A su lado pasaba un riachuelo que desembocaba detrás de ella en un lago. Cerca de allí había un pequeño bosque de altos árboles verde oscuro; por aquel lado había alguna que otra planta en la colina y muy cerca de la cima se veía una pequeña caseta de madera. El sol brillaba en aquel momento, hacía un calor terrible, así que decidieron darse un baño en el lago. Se lo pasaron genial, pero justo en el momento en que más se estaban riendo una voz horrible les sobresaltó:

- ¿Qué hacéis? – la voz venía de un hombre anciano, menudo y de grandes orejas. Su rostro estaba demacrado y lleno de arrugas. Parecía un duende.

- ¡Qué! – se dirigió a los cuatro hermanos - ¿No tenéis suficiente con dar la lata vosotros que necesitáis traer por

aquí más monstruos? ¡Monstruos! – gritó con voz chillona. Aquel grito sobresaltó a Dall, que utilizó sus habilidades saturninas para nadar velozmente a la orilla del lago, pegar un brinco y subirse a un árbol.

- ¿Quién es usted? - preguntó atemorizado.

- ¿Y tú? – contestó el anciano de mala gana - ¿Cómo has hecho eso? ¡Los jóvenes de hoy en día! Ni que no fueras humano – Los niños tuvieron que hacer un gran esfuerzo para no echarse a reír, incluso se les llenaron los ojos de lágrimas. Todo quedó en un silencio tan cómico como mil chistes y risas juntos.

- Bueno, -dijo Dall – a lo mejor no soy humano – Y soltó una sonora carcajada.

Sus hermanos y primos lo imitaron y rieron con ganas. El anciano se puso colorado, luego azul, morado y finalmente verde. Se dio la vuelta, subió por la colina y se metió en la caseta de madera.

Entonces todos comenzaron a reírse, incluso se revolcaron por el suelo agarrándose los costados. Cuando se tranquilizaron un poco, Sánder preguntó a sus primos quién

era aquel hombre.

- Es Rufo, el guardabosques, un viejo gruñón que no nos deja hacer nada. Tiene fobia a los reptiles. El otro día le estábamos dando de comer lagartijas a su perro; cuando nos vio soltó un chillido parecido al de los cochinos en medio de una matanza y cayó al suelo desmayado.

Los días siguientes decidieron no volver por allí para no buscar problemas. Habían llegado ya sus primos Yen y Mario, los hijos del otro hermano de Tom, el padre de Eva, Dall y Sánder.

Ahora se dedicaban a patrullar por las callejuelas de la hermosa ciudad. Tenía gracia la comitiva de nueve niños, cinco saturninos y cuatro terrícolas, perdidos en la ciudad mora entre la multitud paseando por los mercadillos.

Eran días agradables y alegres, la gente era de lo más graciosa y amable. A veces tenían pequeños conflictos con los gitanillos, pero siempre conseguían que los dejaran en paz, pues siempre pasaba lo mismo: los gitanillos, al igual que Rufo, asustaban a los niños saturninos, que utilizaban sus poderes para defenderse escapando. Entonces los

gitanillos decían: “ tú no ereg humano”. Y ellos se echaban a reír de tal forma que los ahuyentaban. Cada vez la situación era más divertida.

Un día salieron por ahí a comer todos en familia, con sus padres y sus abuelos, a un restaurante. Antes de comer los niños salieron a jugar al patio interior mientras que sus padres y abuelos se tomaban unas copas. Resultó que Tom se encontró unos viejos amigos allí.

- ¿Qué fue de ti, amigo? Hace mucho que no te veo.

- Me fui lejos a estudiar y… no volví, me quedé allí a vivir.

- ¿Dónde?

- En Barcelona, sí, me fui un poco lejos. Además me casé y tuve tres hijos – mintió nervioso.

-¿Cómo puede ser? ¿Abandonaste Córdoba para ir a Barcelona? Siempre pensé que eras raro, que no eras totalmente humano, pero no pensé que llegarías a… - se calló. Tom se había atragantado con el vino que estaba tomando.

- Yo… bueno, es que tengo tos – se excusó. Siguieron conversando hasta la hora de comer. Entonces, los niños se

sentaron en una mesa y los adultos en otra.

- ¿Qué vais a comer? – preguntó Juanita, por decir algo.

- Un bocadillo de bioplantas carnívoras y líquenes saturninos con ración extra de nitrógeno – soltó Yen de un tirón.

Su prima se quedó boquiabierta.

- No puedes decir eso.

- ¿Por qué?

- Porque aquí no cocinan eso. Pide tortilla de patatas.

- ¿Qué es eso?

- Es una comida muy buena que hacen aquí – dijo Antonia.

- Bueno, vale, tomaré eso. Y para beber quiero esa cosa amarilla que te hace reír y estar contento.

- ¿Cerveza?

- Eso.

- No puedes tomar cerveza, eso es sólo para mayores – contestó.

La comida estuvo llena de conversaciones como esa. Por la noche decidieron volver a jugar al lago. Se llevaron un balón y empezaron a jugar al fútbol, que a los Saturninos les pareció un juego estupendo. Pero entonces se les cayó el

balón al lago y parecía que había llegado hasta el fondo.

- Ve tú – dijo Perico a Mario.

- ¿Por qué yo? – dijo Mario.

- Porque tú tienes branquias – dijo Paquito.

- Vale, ya voy – aceptó Mario, y se metió en el agua.

A todo esto bajó por la colina Rufo enfurecido.

- ¿Qué hacéis, pequeños monstruos? –gritó. Entonces Mario salió empapado de las aguas del lago con el balón.

- ¡Socorro! –chilló Rufo - ¡el monstruo del lago! - Y salió corriendo.

Los niños rieron hasta hacerse daño en las costillas y después volvieron a casa.

Al día siguiente, los saturninos se despidieron de los terícolas y se teletransportaron de nuevo hacia Saturno. Se lo habían pasado tan bien aquellos días que Sánder, Dall y Eva presentaron su trabajo al día siguiente muy entusiasmados y orgullosos. Habían aprendido que su familia era tan divertida como cualquier otra, y que tenían suerte de poder viajar a la Tierra. ¡Era un mundo asombroso! Desde entonces jamás volvieron a avergonzarse de su familia.

La hora de Horacio

Ana Luisa Marogna Rodríguez
5º primaria, Colegio Santa Helena
Alcobendas

Don Horacio Cancelo era el alcalde de la pequeña ciudad en la que vivía, y siempre que podía le gustaba ayudar a la gente. En aquellos tiempos, año 1920, la gente se divertía paseando, leyendo libros en las fiestas, charlando con los vecinos... La vida era tranquila y sin prisas, no había coches, no existía la tele ni ordenadores, y mucho menos los teléfonos móviles. Casi nadie llevaba reloj, pero todos sabían la hora que era, porque el reloj de la plaza del ayuntamiento tocaba las campanas a la hora en punto, la media y los cuartos.

El verano estaba acabando y sólo faltaba un día para celebrar la fiesta más importante del año. Toda la ciudad estaba adornada y llena de gente de fuera de la ciudad.

Aquella mañana de final de verano, Don Horacio llegó al

ayuntamiento con cara de pocos amigos. Benito, el conserje, le preguntó:

- ¿Alguna mala noticia, señor alcalde?

- Mala no, malísima - le contestó Don Horacio - Han dicho en la radio que el tren de las ocho de la tarde, mañana va a salir a las cinco.

- ¡Eso es horrible!- dijo Don Benito - No puede ser.

Don Horacio estaba muy orgulloso de la fiesta que había preparado, pero si el tren salía a las cinco la gente no podría quedarse hasta el final. Por nada del mundo lo podía consentir.

- Que no cunda el pánico, Benito - dijo Don Horacio - Voy a pensar en mi despacho una solución.

Mientras el reloj del ayuntamiento tocaba la hora, se le ocurrió una gran idea...

- ¡Benito, llama a Rufino el relojero!- exclamó Don Horacio contento.

Llegó el día de la fiesta y todo transcurrió como estaba organizado. La banda de música tocaba en la plaza mientras la gente bailaba.

Nadie escuchó el silbato del tren que partía a las cinco. La gente seguía en la fiesta y Don Horacio sonreía. Pero cuando se hizo de noche y el reloj de la plaza sólo marcaba las cinco, la gente comenzó a extrañarse. Tan sólo Don Horacio y Rufino sabían lo que pasaba.

El relojero, por orden del alcalde, había atrasado todos los relojes de la ciudad para que la gente no se fuera pronto. Cuando se descubrió el engaño, Don Horacio invitó a cenar y a dormir a todo el mundo para que pudiesen esperar el tren del día siguiente.

Y colorín colorado, este cuento no es inventado; porque Don Horacio era mi tatarabuelo y la ciudad era Zamora.

La familia de los deseos

Sofía González Ruiz
5º primaria, Colegio Santa Helena
Alcobendas

Hace algunos años, en África, había una aldeíta con una familia muy pobre y muy humilde. Vivían en una casa pequeña al lado del río con Maiwa y Fede, sus dos hijos.

Maiwa y Fede se fueron muy lejos. Ellos vieron un árbol, era distinto a los demás, el árbol tenía frutas bonitas y jugosas que a Maiwa le llamaron mucho la atención. Fede cogió una fruta y el árbol les dijo que si mordían su fruta les concedería un deseo. Los niños fueron corriendo a decírselo a Otto y Relly, sus padres. Oto y Relly les dijeron que no lo mordieran por si era venenosa.

Al día siguiente Maiwa y Fede fueron a preguntar al árbol que si su fruta era venenosa. El árbol les contestó que cómo iba a ser una fruta tan buena y tan jugosa venenosa.

A la vuelta, Maiwa y Fede se encontraron con un leoncito. Los

Indice
Portada

niños le siguieron hacia una cueva y todos se quedaron encerrados en la cueva. Después de un rato encontraron la salida. Fede se dio cuenta de que el leoncito no encontraba a su mamá. Entonces, su hermana y él le ayudaron a encontrar a su familia, pero a los niños se les hizo muy tarde.

Los padres estaban muy preocupados pensando que se podían haber perdido en la espesa noche de la sabana. Maiwa y Fede llegaron a casa y les dijeron a sus padres que habían estado preguntándole al árbol que si la fruta era venenosa o no. También les contaron que vieron un leoncito y tuvieron que ayudarle a encontrar a su familia, y por eso llegaban tarde a casa. No les castigaron por haber dicho la verdad, pero el padre les dijo que no le contaran a nadie de la aldea que el árbol concedía deseos.

La madre mordió la fruta y pidió un deseo, que fue que Dios les mandase agua para poder cultivar la tierra y poder trabajar, al mismo tiempo que poder tener comida, fruta y plantas para vivir mejor. A continuación, mordió la fruta Otto y le gustó tanto el deseo de Relly que pidió lo mismo, y después la siguieron mordiendo Maiwa y Fede. También desearon lo mismo que sus

padres y todos ilusionados aquella noche se fueron a dormir.

A la mañana siguiente los niños fueron a la escuela que había en la aldea en la que había sólo cinco niños más. Sus padres se fueron al campo y al mediodía cuando estaban arando para cultivar patatas, el cielo se empezó a poner oscuro. Al poco tiempo se puso casi negro y empezó a llover. No habían visto llover así en muchos años. Todos los que vivían en la aldea se pusieron muy contentos con la lluvia.

Se tiró lloviendo toda la noche, al día siguiente y toda la semana. Como era tan importante el agua para ellos, todos los hombres se pusieron a trabajar juntos para formar un dique. Así, harían una presa para que el agua de la lluvia no se fuese y poder utilizarla para regar los campos y poder vivir cuando no lloviera.

Cuando lo terminaron, había dejado de llover y se pusieron muy contentos por la labor que habían hecho.

Al día siguiente lo celebraron todos juntos con una gran comida. Después, Maiwa y Fede fueron a darle las gracias al árbol de los deseos y desde entonces fueron tan felices que no necesitaron pedirle ningún deseo más.

Las gafas del abuelo Ramón

José Carlos Prada del Río
5º primaria, Colegio Patrocinio de María
Madrid

Érase una vez una familia formada por los padres, Rubén y Ana, y sus tres hijos: Pedro, Laura y Juanito, de trece, doce y cuatro años respectivamente.

Cuando llegaban las vacaciones de verano iban a Triufé (Zamora), el pueblo de sus padres; una aldea de unos cincuenta habitantes llena de encanto y cariño para ellos. Eran unos días muy esperados y todos viajaban muy contentos. El viaje duraba tres horas y el paisaje se hacía conocido y familiar: Arévalo, Medina del Campo, Tordesillas, Benavente y... a lo lejos, ya aparecía la torre de la iglesia de Triufé. "¡Ya estamos aquí!, ¡qué ilusión!".

La casa era típica de pueblo, tenía un corral y una cuadra. Los veranos transcurrían entre juegos, carreras, paseos en bicicleta,

baños en el río Tera y tardes de pesca en el Lago de Sanabria. Recuerdo también las ricas meriendas y las excursiones a los pueblos más cercanos. Los padres disfrutaban de la tranquilidad del pueblo y trabajaban una pequeña huerta que les suministraba ricos tomates y verdes lechugas.

Cuando llovía, los chicos subían al desván de la casa, un lugar para ellos lleno de sorpresas: baúles viejos, juguetes rotos, ropa de los abuelos y un sinfín de objetos increíbles. Allí montaban sus batallas, jugaban al escondite entre los trastos viejos, investigaban, cazaban arañas...

Un día de tormenta, en este desván ocurrió algo insólito: Juanito sacó las gafas del abuelo Ramón de un estuche viejo, las desempolvó y se las colocó. Eran redondas y de concha y ¡oh maravilla! Al asomarse a la claraboya divisó un mundo lleno de magia y fantasía: hadas, princesas bellísimas, magos poderosos, duendes juguetones... La cara de Juan reflejaba sorpresa y felicidad. Su hermana Laura le arrebató las gafas, se las puso e inmediatamente visualizó la playa más maravillosa del mundo, de arena fina y blanca, un mar transparente y lleno de vida que le invitaba a jugar con sus aguas... ¡qué delicia!

-A ver, a ver – dijo Pedro - ¡Trae las gafas del abuelo!, ¡déjamelas!

Y al ponerselas, ¡sorpresa!. Veía ilusionado el firmamento lleno de estrellas... ¡Siempre le había encantado la astronomía!

Los tres hermanos aprendieron que acababan de descubrir los poderes mágicos de las gafas del abuelo Ramón. A partir de entonces, sería el gran secreto que uniría más a esos hermanos y... ahora comprendían lo que todo el mundo decía sobre el abuelo, "¡Era una persona muy especial!"

-Juan, Pedro, Laura, ¡bajad a cenar! ¿Es que no sabéis qué hora es?, ¿os parece pronto? – dijo Ana.

-Es que he estado en un mundo lleno de fantásticos personajes – respondió Juan.

-Y yo – añadió Laura – Bañándome en la playa más increíble del mundo.

-Pues yo he practicado mi afición preferida: la astronomía. He observado que en una estrella... – dijo Pedro.

Los padres, Rubén y Ana, murmuraron:

-¡Estos niños tienen demasiada imaginación! Se parecen a su abuelo Ramón.

Y los tres chicos se echaron a reír.

El circo en navidad

Virginia López Sánchez
6º primaria, Colegio Patrocinio de María
Madrid

Llegaban las "Vacaciones de Navidad" y ¡qué felices éramos mis hermanos y yo! El belén, el árbol, los regalitos, turrones y la llamada de mis abuelos para comunicarnos: "Ya tengo las entradas del circo para llevar a los niños el día 27 de diciembre a la plaza de las Ventas".

Jamás me atreví a decir "A mi el circo no me gusta, ¡me horroriza!". Era tanta la ilusión que ponían...Y al fin llegaba el momento, mamá nos abrigaba con guantes, bufandas y gorros y los últimos consejos: "Sed buenos, obedeced a los abuelos", un besito y al circo...

Ya en el coche, mis abuelos delante, la abuela Teresa y el abuelo Vicente al volante, y detrás nosotros: Miriam, Francisco y yo, Virginia, que soy la hermana pequeña.

Recuerdo algunas de las infinitas preguntas que hacíamos a

CIRCO

los abuelos.

- ¿ Nos compraréis palomitas?

- ¿ Habrá leones?

- ¿ Cuántos payasos saldrán? ¿Nos pintarán la nariz?...

Al principio los abuelos contestaban a todas, luego se cansaban y decían:

- No preguntéis tanto, pronto llegaremos y lo veremos todo, además el abuelo tiene que estar atento al tráfico.

Una vez en la plaza de las Ventas, mi abuela se ponía a un lado, los tres en el centro y mi abuelo en el otro extremo, todos cogidos de la mano. Nos decían:

- No os soltéis, os podríais perder.

Y recuerdo que tatareábamos: “A tapar las calles que no pase nadie, sólo mis abuelos comiendo ciruelas...”

Y empezaba la función. Recuerdo el miedo que me producía el sonido de esas motos en la pista haciendo piruetas, era ensordecedor. A veces, sin que me vieran, me tapaba los oídos. Y cuando salían los leones y con el látigo, ¡chás!, conseguían que hicieran sus saltos, a mi me parecía que les pegaban...¡no entendía nada!...

Con los payasos sí que me reía… eso sí.

Siempre a la mitad de la función estaba la visita obligada al servicio:

- Abuela, ¡queremos hacer pis!

- ¡Vaya!, ¡qué oportunos! ¡Venga, vamos!- decía, y la abuela nos acompañaba protestando, mientras el abuelo se quedaba cuidando los abrigos.

- Abuelo, ¿nos compras golosinas?

Y el abuelo decía :

- Hemos venido al circo, no a coger golosinas - pero al final nos la compraba.

Por fin, viajeros al coche y a casa. Los niños volvíamos cansados, pero yo creo que los abuelos más. Sin embargo, había mucha ternura y casi satisfacción en sus palabras cuando le decían a mamá.

- Aquí les traemos, han sido buenos.

Y mi gran secreto queda desvelado: el circo no me gustaba mucho. Pero esos momentos con mis abuelos y mis hermanos en las vacaciones de Navidad, formarán parte de mis recuerdos más queridos.

Una anécdota

Raúl Collado Navarro
6º primaria, Colegio Carlos Ruiz Navalcarnero

Hace unos cuantos días salí de paseo, pero un paseo nada normal. Salí para llevar la Virgen que diariamente se turna la gente del pueblo. Todo esto me lo mandó mi abuela. Yo le dije que estaba haciendo los deberes, y claro, me tuve que poner a hacerlos.

Ya una vez terminados, lo único que se me ocurrió fue bajarme al patio a jugar al tenis. Estuve jugando y ella no lo sabía, porque si no, ya estaba pegando voces y dando la lata. Pero sobre todo haciendo la pelota para que llevase la Virgen a la siguiente persona que le tocara.

Así que seguí echando otro partido de tenis. Cuando ya me empezaba a aburrir cogí y me senté a descansar, me vio mi abuela y me dijo:

- No te preocupes que se la vas a llevar más tarde, no sea

que no esté, y puedes seguir jugando.

Pero ella lo que no sabía es que no me había pasado para llevar la Virgen, sino para descansar, y para mis adentros decía: “No, si por preocupación no será, sino por ver si se le olvida ya de una vez”.

Pero pasó una cosa, que yo pensé que los abuelos siempre quieren lo mejor para sus nietos. Por eso cuando van de vacaciones nos traen mejores cosas que a nuestros padres o a cualquiera.

Además, la Virgen siempre está en el lugar preciso que haga falta. Con todo esto ya son dos las razones de tener que llevar a la Virgen; y la tercera, que pensándolo bien no nos cuesta ningún trabajo hacer un favor a alguien.

Ya me estaban dando ganas de ir. Pero antes de decirle que la podía llevar, volvió a repetir:

- Muchachoooo, haz el mismísiiiimo favor de llevarte la Virgen. Y no me hagas pegar voces.

Mientras ella rezaba y echaba dinero yo también decía:

- Ya que te voy a llevar apruébame los exámenes que he estudiado esta mañana y que tendremos el martes que viene.

Cogió, cerró la cajita y me la llevé a la siguiente persona. Según iba hacia la casa pensaba:

- Me parece que la casa es todo recto a la derecha. Dos puertas iguales, la segunda a la de la cristalería y la que tiene tres escalones.

Y claro, dejé de pensar lo que iba pensando porque vi un gato rubio con mechones blancos debajo de un coche y empecé a pensar:

- ¡Como de vuelta estés ahí, no tienes apaño, ya eres mío!

Cuando quise mirar ya me había pasado de puerta y tuve que retroceder. Llamé al timbre, me abrieron, dejé la Virgen y volví. Al llegar al coche donde estaba el gato miré y ya no estaba el gato en el mismo sitio, pero sí enfrente, subido en una pared, y le estaba acariciando un señor. Y claro, se me tenía que ocurrir alguna frase porque si él se quería llevar el gato le tendría que decir alguna mentira y quedármele yo.

Al llegar al lugar del gato, el señor tiró hacia delante y dejó el gato allí. Y cómo iba a desperdiciar una situación tan buena. Claramente pensé: “Muchas gracias”. Me puse a acariciar al gato y él, extrañado, se metió detrás de la verja. Metí la mano

y le seguí acariciando hasta que salió de nuevo. Esperé a que se alejara el señor y se diera la vuelta uno que estaba aparcando el coche, le cogí y nervioso me lo llevé a mi casa.

Y antes de entrar por la puerta pensé y recapacité:

"Mi padre me va a regañar, mi madre me va a decir que lo vuelva a llevar donde lo he cogido. Eso lo sé, pero al enseñárselo a mi abuela me va a decir que en casa no quiere ver gatos, que se quedó muy a gusto cuando desapareció el otro".

Entré y todo lo que había pensado me lo dijeron. Como yo tengo muchos conejos, se me ocurrió meterle con ellos. Es decir, doble regaña. Una vez pasado todo, llegó como en las películas el plan "Z"; por lo menos, convencerlos.

Desde entonces el gato está en mi casa. Todos los sábados lo bañamos, tiene su casa, mucha comida, collar nuevo y sobre todo, lo que más mola es el nombre: MERLÍN. Nombre de mago porque desparece cuando le sale de los….piii…piiii.

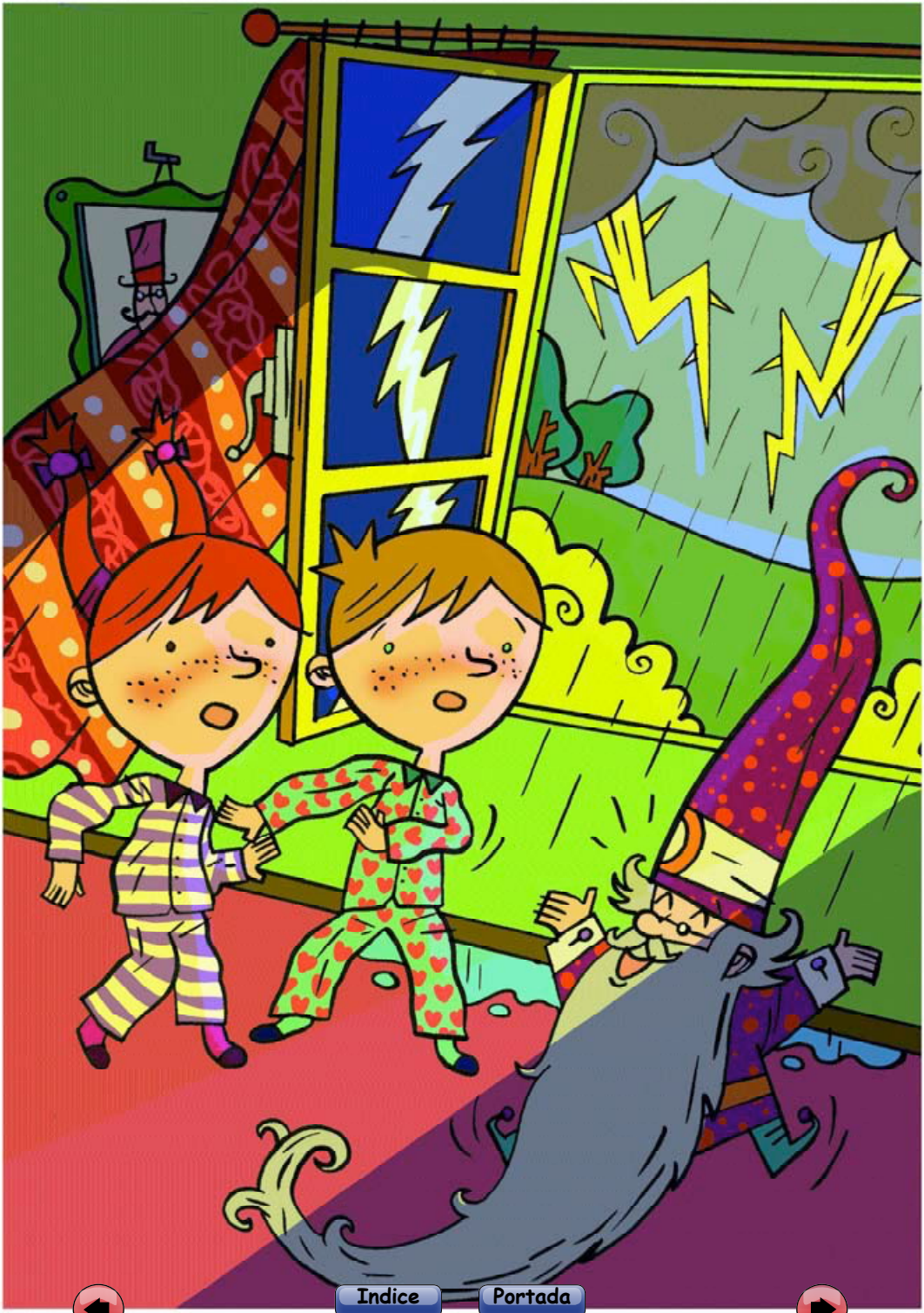
El pollo congelado

Laura Moreno Miñambres
1º primaria, Colegio Divino Maestro
Madrid

Un día se olvidó mi mamá de sacar el pollo que tenía congelado y tuvimos que ir a una tienda a comprar comida preparada. Entonces mi mamá le pidió un pollo asado y ¡qué sorpresa!, había un anillo que mi mamá pensó que era del señor que había preparado los pollos para asar y venderlos.

Como mi mamá pensó que era del señor que había preparado los pollos, fuimos a devolver su anillo. El señor, muy contento, nos dio las gracias y nos dijo que creía que había perdido el anillo para siempre, que no esperaba que alguien se lo devolviera, y que le tenía mucho cariño.

Fin.



Alegría de vivir

Laura Cantero Gómez, Alba de la Casa Gutiérrez, Elena Cepeda Fernández, María Guerrero Lobo, Pilar Núñez Villena y Patricia Palmero Santín
5º primaria, Colegio Senara
Madrid

Esto era una vez una familia feliz con dos niños mellizos, uno se llamaba Pablo y la otra Elena. Los niños crecieron y fueron divertidos, animados, buenos...

Pero un día la felicidad de la casa se apagó, cuando un sábado por la mañana llamaron por teléfono a la familia y les comunicaron que su padre había fallecido a causa de un accidente.

Desde ese día los niños cambiaron, echaban de menos a su padrey ya no eran divertidos, siempre estaban desconsolados y tristes.

La madre de los pequeños empezó a preocuparse por sus hijos y dicidió pedir ayuda, pero no dio resultado alguno, los

niños seguían igual.

Un día, mientras los niños esperaban a que su madre viniese del trabajo, se avecinó una tormenta que cortó la electricidad de la casa y la triste mansión se quedó oscura como el carbón.

De repente, los dos niños vieron una figura desde la ventana del salón y se acercaron a averiguar de qué se trataba. La ventana se abrió ruidosamente y apareció una diminuta personita.

Los niños se quedaron perplejos mirando fijamente la extraña y pequeña persona; hubo una breve pausa y, de pronto, la diminuta figurilla gritó:

-¡Soy el extraordinario, diminuto, valiente, poderoso y, sobre todo, gracioso Zalacaín Risín! ¡Y soy el mejor duende!

Los dos hermanos, aún más asombrados todavía, se preguntaron si estarían soñando; pero no, todo era realidad.

El duendecillo continuó:

-¡Y vengo con la esperanza de que me admitáis como vuestro hermano, y a ayudaros a recuperar el ánimo!

El duende esperó una respuesta y cuando creía que todo

estaba perdido, Pablo exclamó con mucha timidez:

-De acuerdo, te aceptamos.

Automáticamente el duendecillo se puso en pie y comenzó a bailar y a cantar de alegría en el borde de la ventana. Los niños, al ver cómo bailaba y movía sus pies a la vez que cantaba, empezaron a reír por primera vez en mucho, mucho tiempo.

Zalacaín prosiguió y dijo dirigiéndose a los pequeños:

-Y bien, ¿cómo os llamáis?

Los niños respondieron:

-Yo Elena.

-Yo me llamo Pablo.

Zalacaín dijo:

-¡Oh, no! ¡Así no! Lo tenéis que poner divertido chicos, como yo cuando me presenté.

Los gemelos asintieron, y Elena fue la primera en hablar:

-Soy Elena, la estupenda, una dama elegante, que no le gustan los guisantes, y es melliza de un andante.

-¡Excelente! – gritó el enanito.

-¡Ahora te toca a ti, Pablo! – dijo Elena.

Y Pablo empezó con lo siguiente:

-¡Soy Pablo! El valeroso, que lucha contra leones, asalta las prisiones y libera a los campeones; y con el escudo y la espada mato a todas las malvadas.

El duende volvió a gritar:

-¡Perfecto! ¡Excelente! Para ser el primer día no está mal – dijo de nuevo Zalacaín.

Entonces dijo Pablo:

-¿Qué hacemos ahora?

Y Zalacaín respondió:

-¡A ver a quién se le ocurre la mejor idea!

Pero los niños no sabían qué hacer en la oscuridad de la mansión. Zalacaín, al ver que a los niños no se les ocurría ninguna idea, dijo:

-¿Qué tal jugar a los espías?

Y todos pensaron que era una buena idea.

Se divirtieron como nunca y cuando su madre llegó, se quedó atónita. Cuando los niños le contaron lo sucedido le dio mil gracias a Zalacaín y le invitó a quedarse a vivir allí; el duende aceptó y les contó que todo se lo debían a su padre.

Él le había enviado para que les trajese de nuevo la felicidad.

-Pero no os preocupéis por él, está en un sitio mejor: el Cielo.

Y desde ese día la familia volvió a ser como antes.

Una anécdota familiar

Descubre en estos trece relatos escritos por niños y niñas la aventura de vivir en familia

cuéntame un poco

¿Necesita más información?

Dirección General de la Familia y el Menor
C/ Gran Vía, 14
28013 MADRID

www.madrid.org/familia

91 580 34 64

dgfamiliaymenor@madrid.org

012 cerodoce

Comunidad de Madrid
CONSEJERÍA DE POLÍTICAS SOCIALES Y FAMILIA
Dirección General de la Familia y el Menor